



Teatro

PACO MANZANO

# La memoria agridulce

Sube a las tablas del madrileño Teatro de La Abadía «En la luna». Escrita y dirigida por Alfredo Sanzol, el dramaturgo nos propone un viaje a la patria de la infancia

Por Carmen R. Santos

## ABC cultural

SÁBADO, 19 DE NOVIEMBRE DE 2011  
abc.es

Escena de los ensayos de «En la luna»

Cuando la primavera pasada se representaba en Madrid *Delicadas*, escrita y dirigida por Alfredo Sanzol, el dramaturgo y director de escena pamplonés afincado en la capital de España escribía *En la luna*, que desde el 23 de noviembre hasta el 8 de enero acoge el madrileño Teatro de La Abadía, dirigida también por Sanzol. Si bien hacía tiempo que le rondaba esta obra, el estímulo definitivo para volcarse en el proyecto procede –confiesa Sanzol– de la venida al mundo de su hijo Juan: «Pensé que debía encontrar una manera efectiva de comunicarme con él. Entonces, me di cuenta de que esto exigía volver la vista hacia el niño que fuimos y que, de alguna manera, seguimos siendo, pues, aunque se va cambiando, hay sentimientos, sensaciones, que permanecen casi inalterables. Por ejemplo, darte el gusto de hacer cosas que te atraían de pequeño es uno de los mayores placeres. Placeres, además, intensificados porque muchos los tenemos prohibidos al hacerte mayor». Así, Sanzol comenzó a bucear en sus primeros años, en esos recuerdos que, apunta, «son como relámpagos que nos asaltan y nos explican quiénes somos y de dónde venimos», ya que, continúa, «como no tenemos la sensación de nacer, esa sensación la poseemos con los primeros recuerdos. Porque estos suponen algo parecido a un nacimiento».

### Crecer duele

*En la luna* no encierra, sin embargo, un carácter autobiográfico en su sentido literal y estricto. Todo lo que cuenta, el cúmulo de anécdotas, de historias, de momentos que jalonan la pieza son inventados. Pero precisa y paradójicamente por ello son mucho más reales. Cree Sanzol que «para poder entender la realidad no se debe hablar de ella directamente porque la conviertes en algo banal». En consecuencia, el dramaturgo echa de nuevo mano de un recurso muy presente en toda su trayectoria, entre cuyos títulos se encuentra la exitosa trilogía formada por *Risas y destrucción*, *Sí, pero no lo soy* y *Días estupendos*: «Trabajo mucho con la memoria como fuente de inspiración. Y al recordar se produce un fenómeno de creación, pues pienso que toda memoria tiene un elemento de ficción. Yo llevo hasta el límite esa elaboración, esa ficcionalización, que realiza la memoria». Este método no es un ejercicio de nostalgia, sino que nos habla también del hoy, o, mejor, explica, de una mezcla: «Imagínese estar en el presente, volver al pasado, ir al futuro. Abrir una puerta y encontrarte con un amigo de cuando eras pequeño».

En esta obra reaparece el humor característico de Sanzol, pero sin olvidar un regusto doloroso: «Tuve la suerte de tener una infancia muy feliz. Pero, aun en la mejor niñez, hay mucho de combate, tienes que aprender a vivir en el mundo y ese aprendizaje duele. Crecer duele». Según Rilke, «la infancia es la verdadera patria del hombre». En esa patria nos sumerge Alfredo Sanzol, a través de una memoria agridulce.